

LIBRO SEGUNDO.

CAPÍTULO I.

Culto del fuego.—Otros nombres que le daban.—Culto en el nacimiento.—En el matrimonio.—En las enfermedades.—En la muerte.—*Toccuta*.—Las ceremonias *Tlaltlacaliztli* y *Tlatoyalcualiztli*.—Ceremonias del pulque nuevo y de la casa nueva.—Sahumerios.—Culto de los mercaderes.—*Temappa* — *Tlalxictecoticanauhyotecatl*.—El dios de la prosperidad.—Dedicaciones.—Templos.—El *Quauhxicalco*.—*Tzomolco*.—*Tzomolcocalmecac*.—Fuego perpetuo.—El *Ixcozauhquitzomolcotenhua*.—Turificación del rey.—Vestidura del dios.—El templo del calpulli de *Tzomolco*.—El *Temalacatl*.—El *Nappatecutliyteupan*.—Ubicación.—El templo del cerro de la Estrella, de *Iztapalapan*.

Para comprender la gran importancia del dios del fuego entre los mexicas, nada es tan á propósito como el estudio de su culto. Comenzaban por llamarlo Señor en grado superlativo: así á sus otros nombres, agregaban los de *Nauhyotecuhtli* cuatro veces Señor, *Chiconauhyotecuhtli* nueve veces Señor, y *Tetatzin* que quiere decir dios padre. (1)

El culto del fuego abarcaba los actos principales de la vida del hombre, y lo seguía desde su nacimiento hasta su muerte. En el nacimiento, las parteras invocaban al fuego, para que facilitase el parto. (2) Al acercarse éste, hacían junto al fuego una cama de paja y sobre ella colocaban las esteras, en donde tenía lugar el nacimiento. (3) La parida estaba allí junto al fuego cuatro días, sin mudarse ropa; y al cuarto día se celebraba la ceremonia llamada *Tlecuixtliliztli*, en la cual un viejo sacerdote, encargado expresamente de ello, hacía un sacrificio al fuego y pasaba á la criatura por el mismo fuego, pues tal cosa significa el nombre de esa ceremonia.

Durante los cuatro días no se sacaba brasa del fuego, por temor de que enfermasen de los ojos la criatura. Pero el cuarto día, después de pasarla por el fuego, la lavaban cuatro veces; y mientras esto se hacía, se mudaba de allí la parida y su lecho, y en el mismo lugar se ponía comida y bebida para dar de comer y de beber al fuego, echándole aquella y rociándolo con el pulque.

Otras veces, al cuarto día, uno de los viejos presentes, ó más si eran varios, sacaban del aposento á la criatura, poniendo sobre ella el fuego; y pasándoselo por encima daban cuatro vueltas, dos de un lado y dos de otro.

(1) Serna, Manual de Ministros de Indios, página 281.

(2) Ibid., página 284.

(3) Ibid., página 289.

Después de cualquiera de estas dos ceremonias, se ponía á la criatura el nombre que en su calendario le correspondía. (1)

Como se ve, el niño nacía bajo los auspicios del dios fuego y á su lado, y con él salía á dar el primer paso de la vida: por él recibía su nombre, para distinguirse de los otros hombres; y la ofrenda al fuego era el primer sacrificio que veían sus ojos.

En el matrimonio, también se invocaba al fuego, para que diese felicidad y descendencia á los desposados. Cuando llevaban los regalos de boda á la desposada, primero los ofrecían al fuego; y después hacían las consabidas ceremonias, de dar una suegra cuatro bocados de la comida al yerno y la otra á la nuera, atar las mantas de los desposados, y al cuarto día sacudir los petates donde habían dormido los recién casados, y echar suertes sobre ellos para saber quién, si el marido ó la mujer, había de salir de la casa de sus padres. (2)

En sus enfermedades pedían los mexicas la salud al dios de la vida y de la conservación, pues tan luego como llegaba el viejo médico (3) á la casa del enfermo, le manifestaba la necesidad de hacer algún sacrificio al fuego, pues de no hacerlo, no le costaría menos que la vida. (4) Entonces el enfermo ofrecía al fuego comida, bebida y copal encendido; después de lo cual el médico echaba suertes y procuraba ver en una jícara de agua el origen de la enfermedad y su pronóstico. (5)

Cuando llegaba la muerte, también hacían los mexicas ceremonias al fuego. Una vez muerto el enfermo, lo llevaban indios viejos junto al fogón, y lo tenían allí mientras se disponía el banquete funerario. Dispuestas la comida y la bebida las colocaban igualmente junto al fogón, y las ofrecían al fuego, arrojando en él parte de la comida y un poco de pulque; y después los cantores se comían y bebían la ofrenda, pues para ellos era como si el difunto la comiese y bebiese. A los ocho días se repetía esta ofrenda al fuego, con las mismas ceremonias. (6)

Así el nacimiento á la vida, la procreación, la salud y la muerte, todo estaba dedicado entre los mexicas al fuego; y después quemaban los cadáveres, para que el sér creado volviese al seno de su creador. Ponce, en su Relación de dioses y ritos, dice que llamaban al fuego *Tocenta*, padre de todos, porque los indios hacen todo delante del fuego, y después de muertos los acompaña encendido en teas.

El fuego era, por lo mismo, el dios principal de la familia; y esto nos explica por qué hay tantos amuletos de *Huehuetéotl*. Lo honraban en cada casa, por ser el dios que calentaba, cocía el pan y guisaba la carne. (7) Cuando comían los mexicas, antes le daban al fuego el primer bocado, arrojándoselo al fogón ú hogar, para que allí se quemase. Esta ceremonia se llamaba *Tlaltlacaliztli*, ó sea arrojamiento. Y era también común que nadie había de beber pulque, sin que primero derramase un poco á la orilla del hogar; (8) y de la misma manera, cuando guardaban el pulque en tinajas, ponían un poco en un lebrillo cerca del fuego, y tomándolo de allí, derramaban junto al

(1) Serna, página 297.

(2) *Ibid.*, página 282.

(3) El adorno distintivo de los médicos era un collar de dedos. No há mucho, en una excavación hecha al norte de la ciudad, por el rumbo de Peralvillo, se encontró uno de estos dedos, de madera y perfectamente trabajado, el único que conocemos, y el cual pertenece á mi colección.

(4) Serna, página 282.

(5) Serna nos ha conservado los conjuros que, en caso de enfermedad, hacían al fuego. (Op. cit., página 306.)

(6) *Ibid.*, página 292.

(7) Torquemada, Monarquía Indiana, tomo II, página 57.

(8) Torquemada dice que lo arrojaban en el mismo fuego.

hogar un vaso á cada una de las cuatro partes del aposento. Esta ceremonia se llamaba *Tlaloyahualiztli* ó derramamiento. (1)

Serna, con más minuciosidad refiere (2) cómo cuando sacaban el pulque nuevo daban una jícara llena al viejo maestro de ceremonias, y éste se lo ofrecía al fuego, y con unas hojas de mazorca de maíz echaba á las cuatro partes del mismo fuego unas gotas, y se bebía el resto. Después presentaban al fuego la ofrenda, la cual consistía en cántaros de pulque, tamales y otros alimentos, y adornaban los cántaros con rosas ó cadenas de trébol, poniéndolas á manera de coronas. Torquemada dice, que adornaban el hogar con flores; «pero no muy dentro, sino fuera, porque Dios es tan riguroso, que todo lo consumiera.» (3)

Ceremonia semejante hacían los mexicas cuando estrenaban casa. (4) Comenzaban por sacar fuego nuevo; y en seguida llegaba un viejo sacerdote, que se sentaba junto al fogón; le daban un tecomate (5) lleno de pulque, y después de tenerlo muy gran rato delante del fuego lo iba echando en él y al rededor del fogón, con unas hojas de maíz; después de lo cual derramaba gran parte del líquido delante del mismo fuego, y se bebía el resto. Acto continuo llevaban y ponían en hileras delante del fuego, seis ó siete cántaros de pulque y otros tantos cestos de tamales: el viejo sacerdote adornaba los cuellos de los cántaros con rosas y cadenas de trébol, y sobre las bocas ponía cadenas pequeñitas que servían de coronas. En seguida colocaban sus instrumentos músicos, los *huehuell* y los *teponaxtli*, delante del fuego; y le cantaban: «Rosa resplandeciente y que da luz, regocíjese y alégrese mi corazón ante mi dios.» Cuando en la comida ofrecían aves, por lo general codornices, las desollaban, echaban la sangre al fuego, y con ella untaban las cuatro paredes de la casa; y además los dueños de la casa arrojaban una de las aves al dicho fuego, para que comiese. (6) Después de haber estado allí la ofrenda un gran rato, se la repartían los concurrentes, para que todos comiesen y bebiesen, pues el fuego ya había comido y bebido.

Confírmase el culto constante y preferente del fuego, con una práctica diaria, de todas las ocasiones y de todos los momentos, la cual abrazaba tanto los actos de la vida íntima como los de la vida pública, aun los más solemnes. Usaban los mexicas el *copalli* á manera de incienso, para hacer sahumerios á sus dioses, los sacerdotes en los templos y toda la otra gente en sus casas; y también lo usaban los jueces cuando habían de ejercer alguna de las funciones de su magistratura. Pues bien: todos estos actos comenzaban por arrojar copal en el fuego. Y así lo hacían aun los cantores de los arcytos, antes de empezar sus cantares. (7) Ante culto tan grande y tan constante, no se comprende cómo Sahagún pudo decir que el fuego era uno de los dioses menores. (8)

(1) Sahagún, Historia, tomo I, páginas 212 y 213.

(2) Manual de Ministros, página 289.

(3) Monarquía Indiana, tomo I, página 57.

(4) Serna, Manual de Ministros, página 289.

(5) Tecomate, *tecomittl*, vaso de piedra, llamado así aun cuando fuese de otra materia, pues los había desde calabazos hasta de obsidiana. Los vasos dedicados al culto eran sagrados, y así lo eran éstos dedicados al del fuego: los heredaban de padres á hijos, y los tenían en tanta veneración, que no osaban verlos, y solamente los empleaban en sus ceremonias religiosas (según también refiere Serna, en su obra citada, páginas 299 y 300).

(6) «El modo es, dice Serna, que á las gallinas que han de comer, les cortan las cabezas ante el fuego, que es el dios *Xiuhteuctli*, y se las ofrecen, y echan dentro, y se llama este sacrificio *Tlaquequechtotonaliztli*.» Manual de Ministros, página 327.

(7) Sahagún, Historia, tomo I, página 212.

(8) *Ibid.*, página 16.

Pero no era solamente el fuego el dios que daba la vida y alimentaba á la humanidad; la deidad del hogar y de la familia; el padre productor de la generación; conservador de la salud y guardián de la casa; el sér superior que presidía al nacimiento, al matrimonio y á la muerte; el inspirador de los hermosos cantares y de la recta justicia: era también el repartidor de los bienes y las riquezas. Había entre los mexicas una clase poderosa y opulenta, la de los mercaderes; y éstos tenían en gran devoción y profesaban especial culto á *Xiuhtecuhtli*. (1)

Los *Pochtecas*, pues así se llamaban, á quienes, por más honrarlos, concedió el rey Ahuizotl, de México, que ellos solos, y no otros, pudiesen usar bezotes de oro, (2) cuando querían partirse de sus casas con el fin de ir á sus tratos y mercaderías, después de escoger día de signo favorable para emprender su viaje, á la media noche de ese día, cortaban unos papeles para ofrecerlos al fuego; y en ellos, con gotas de *ulli*, hacían una cara, con ojos, narices y boca, á semejanza de este dios. Después los ofrecían al fuego, poniéndolos delante del hogar; y en seguida adornaban con ellos sus báculos, y con otros papeles representantes de sus otras deidades tutelares: y á estos báculos adoraban por dioses. Pero los otros papeles no se presentaban ante el hogar: los primeros eran los del dios del fuego, y después ofrecían los otros en el patio de la casa. En seguida de este ofrecimiento en el patio, entraban nuevamente en la casa, se ponían en pie delante del fuego, y á su honra descabezaban algunas codornices. Habiendo ofrecido estas aves al fuego, luego se sangraban las orejas, y á veces las lenguas, con puntas de negra obsidiana; y cuando ya les corría la sangre, la tomaban en la mano, y diciendo *teunappa* (3) la echaban cuatro veces en el fuego, y con ella gotaban los papeles á él ofrecidos. Hacían después sacrificios semejantes en el patio á sus otras deidades, y volviendo al hogar, le decían al fuego: «Vive muchos años, noble señor *Tlalxictecanauhtecatl*.» El Sr. D. José Fernando Ramírez trae este nombre dividido en dos, de la siguiente manera: *Tlalxicteuhticac* y *Nauhtecatl*; y agrega que el segundo parece incorrecto, y que ambos lo están aún más en los textos impresos. (4) Remi Siméon divide también la palabra en las dos, *Tlalxicteuhticale* y *Nauhtecatl*. (5) Sin embargo: la palabra es una sola, como la trae Sahagún, gran perito en la lengua; aun cuando está corrompida en la impresión. La verdadera voz mexicana es: *Tlalxictecanauhtecatl*.

Examinemos los elementos componentes de este nuevo nombre del fuego, y siguiendo las reglas de composición, empecemos por el último. *Nauhtecatl* quiere decir cuatro personas. Ya hemos visto cómo el numeral *nahui*, cuatro, hace veces de superlativo: así *Nauhtecatl* ó *Nauhtecatl* es sinónimo de *Nauhtecatl*, otro nombre del fuego, ya citado; y ambos expresan la idea de supremo señor. *Ticatla* es la media noche. (6) Por lo tanto, la voz compuesta *Ticatlanauhtecatl*, nos da: el supremo señor de la media noche. Si éste fuera un nombre separado, como querían el Sr. Ramírez y Remi Siméon, sería una sinonimia de *Mictlantecuhli*, y por lo mismo, perfectamente aplicable al fuego. Pero la primera parte de esta voz complexa contiene los elementos *teotl*, dios, y *Tlalxicli* nombre de la vía-láctea, según antes vimos. De manera que toda la palabra significa: el supremo señor de la media noche, dios de la

(1) Sahagún, Historia, tomo I, página 158.

(2) Ibid., tomo II, página 341.

(3) *Teunappa* significa cuatro veces dios. Es, pues, una sinonimia del *Nauhtecuhli*, cuatro señores, ya citado.

(4) Apuntes manuscritos.

(5) Sahagún, página 554.

(6) Molina, Vocabulario, página 113.

vía-láctea. Con esta sola voz expresaban los mexicas su génesis; y cómo el supremo creador fuego formó á la media noche á la Vía-Láctea, la cual á su vez fué la madre creadora de los astros.

Otras veces los *Pochtecas*, en lugar de la deprecación citada, decían al fuego: «Señor, ruégoos que recibáis pacíficamente esta vuestra ofrenda, y perdonadme si en algo os he ofendido.» (1) Después de dichas estas palabras echaban copal blanco en el fuego, y encima los papeles á él dedicados. Si los papeles ardían bien, exclamaba contento el *Pochteca*: «Ya me ha hecho merced nuestro señor el fuego, y me ha dado á entender que será próspero mi viaje.» Y con este agüero, al día siguiente emprendían su camino los *Pochtecas*.

Cuando volvían los mercaderes de su viaje, en agradecimiento al dios del fuego hacíanle ceremonias semejantes á las anteriores. (2) Cortábanle papeles á la media noche; y antes de proceder al convite destinado á celebrar su próspero retorno, preparaban la ofrenda ó comida del dios *Xiuhtecuhtli*: la llevaban por delante, y la ponían muy ordenada en frente del hogar; y después de terminado y antes de que los convidados tomaran las jícaras de espumoso cacao, ponían uno de los vasos ó *teotecomatl* delante del fuego.

Importantísimas son estas ceremonias para comprender la idea que del fuego creador tenían los mexicas. Todo bien les venía de esta deidad: no solamente les había dado la vida y les conservaba la salud, era también el dispensador de todos los bienes y el repartidor de las riquezas, el dios de la prosperidad.

Pero para los mexicas, pueblo guerrero por excelencia, la victoria era el primero de sus bienes y la más grande de sus prosperidades: y en la guerra encontramos igualmente este culto especial y predilecto del dios del fuego. En la mayor parte de las diferentes tribus ó nacionalidades, era el fuego el dios de la guerra; pero aun cuando entre los mexicas lo era *Huitzilopochtli*, no perdió, sin embargo, su lugar preeminente aquella deidad. Así, cuando á combatir se aprestaban en sus continuas expediciones de conquista, luego que estaban cerca de la región ó pueblo que iban á invadir, los señores del campo trazaban cómo habían de asentar el real; y habiéndose todos alojado, antes de que empezasen á pelear, esperaban á que los sacerdotes hiciesen señal sacando fuego nuevo. (3) El fuego era también el dios de las victorias.

Pero no bastaba el culto continuo del hogar y el de los actos más solemnes de la vida, á deidad tan grande y principal: en las ritualidades del calendario mexicana eran numerosas las dedicaciones y las fiestas solemnes á ella consagradas.

Comencemos por manifestar, que en la ciudad de México estaban dedicados templos especiales al dios *Xiuhtecuhtli*. En el recinto del gran *Teocalli* había los siguientes:

Bajo el número XVI de las construcciones del Templo Mayor, pone Sahagún (4) el *Quauhxicalco* (5) dedicado al fuego, sobre el cual se levantaba el árbol *Xocotl*.

Bajo el número 64 (6) cita otro edificio, cuyo nombre escrito correctamente es

(1) Sahagún, loc. cit.

(2) Ibid., página 359.

(3) Sahagún, tomo, II página 312.

(4) Historia, tomo I, página 202.

(5) Dice Sahagún, que el *Quauhxicalco* era un Cú pequeño y redondo, de anchura de tres brazas ó cerca, de altura de braza y media, y que no tenía cobertizo. Quien desee formarse idea exacta de cómo era este *Quauhxicalco*, vea en el salón grande del Museo el de Tizoc, llamado vulgarmente Piedra de los sacrificios.

(6) Ibid., página 208.

Tzonmolco: (1) y también lo cita Torquemada, (2) entre los del Templo Mayor. Este era un Cú dedicado al dios *Xiuhtecuhtli*; y en él, en su fiesta que largamente describiremos, mataban á cuatro cautivos como imágenes de este dios, adornados con los ornamentos del mismo, aunque de diversos colores. Al primero lo llamaban *Xoxouhquixiuhtecuhtli*, ó sea dios del fuego verde; al segundo *Cozauhquixiuhtecuhtli*, ó sea dios del fuego amarillo; y al tercero *Iztacxiuhtecuhtli*, ó sea dios del fuego blanco. Como se ve, falta en el texto el color del cuarto: en nuestro concepto debe ser *Tlatlahuquixiuhtecuhtli*, ó sea dios del fuego bermejo ó rojo. Con estos cuatro colores se significaba los cuatro puntos cardinales; y así se expresaba, que el dios *Xiuhtecuhtli* era el señor de todo el universo. Mataban también á otros muchos cautivos puestos en rueda, por lo cual los llamaban *Ihuipancateminilolca*; con lo cual confirmaban la misma idea del poder del dios fuego, que se extendía en todas direcciones, y á todas partes alcanzaba.

A este templo se subía por una escalinata, y al pie de ésta había una plazoleta á la que también se ascendía por gradas. En ella sacrificaban á una mujer llamada *Nancollaceuhqui*, lo cual significa madre desmayada y caída de su grandeza: en lo cual nos parece ver una alegoría á la madre vía-láctea, humillándose ante su propio creador el fuego.

En esta misma plazoleta tenfan lugar los solemnes bailes de la fiesta de *Xiuhtecuhtli*.

Este nombre del templo *Tzonmolco* se presta á reflexiones importantes, si lo comparamos con el de *Tzontemoc*, el cual se da á *Micllantecuhtli*, y forma, por lo mismo, parte de la sinonimia de *Xiuhtecuhtli*. Como hemos dicho, se traduce *Tzontemoc*, por el que cayó de cabeza. Tal traducción creyérase inventada por los cronistas religiosos, para buscar en esa deidad una semejanza del diablo. Así lo confirma la explicación del Intérprete del Códice Vaticano, quien dice: (3) aquel que cayó del cielo con la cabeza para abajo, *idem est quod Diabolus, i. devosum*; aludiendo á la etimología que de diablo dan los Doctores. Y agrega que por esto se ve cómo los indios tuvieron noticia de las Sagradas Escrituras. Concluye diciendo que este *Tzontemoc* viene por las almas con la cabeza hacia abajo, como las arañas. (4)

Este empeño de sujetar la mitología mexicana á las creencias cristianas, ha sido parte muy principal para desvirtuar la inteligencia de aquella. Por fortuna en este caso nos encontramos con dos nombres opuestos aplicados á la misma deidad; y es-

(1) En la impresión dice *Tzonmolco*; pero antes usa Sahagún de la voz *Tzonmolco*, y Torquemada también dice *Tzunmulco*. Este nombre viene de *Tzontli*, cabello, y por extensión cabeza, y *molhui*, lo que crece, con la desinencia *co*: modo figurativo de expresar el poder creador del dios fuego.

(2) Monarquía Indiana, tomo I, página 153.

(3) Tavola IV.

(4) La representación de *Tzontemoc* en forma de araña es muy común. Tenemos así el *Tzontemoc* grande de Tuxpan, que está en el Museo, y cuya litografía publiqué en mi Estudio sobre la Piedra del sol. Lo mismo se ve en el vaso de los corazones, existente también en el Museo. Y con igual forma lo encontramos en la esfera palemkana, que en su oportunidad describiremos. Entre los pequeños dijes de mi colección, tengo una araña de plata, que sin duda lo representa. Mr. Thomas Wilson, en su magnífico estudio sobre la *Swastika*, página 914, cree que las arañas grabadas en concha, encontradas en el *mound* de Fains Island, Tenesec, lo representan. Ya demostramos en nuestra Historia antigua de México, en donde las publicamos, que son imagen de *Tzontemoc*, y los grabados de las conchas significaciones cronológicas; y que prueban la emigración de la cultura maya hasta el norte de los Estados Unidos.

ta oposición, lejos de confundirnos, confirma nuestras ideas. El fuego tiene el doble carácter de dios creador y de dios destructor: como creador, es la cabeza que se levanta; como destructor, es la cabeza que baja. Y baja como araña, no á llevarse las almas, sino los cuerpos de los hombres. Por esto lo vemos en el *Mictlantecuhtli* labrado debajo de la *Coatllicue*, ornado de calaveras.

El templo de *Tzonmolco* era, pues, el del dios creador.

Debió ser suntuoso el culto del dios del fuego, porque inmediato á su templo había un *calmecac* de sacerdotes dedicados expresamente á él. Bajo el número 61 de los edificios del gran *Teocalli*, pone Sahagún el *Tzonmolcocalmecac*; y dice de él: (1) «este era un monasterio donde moraban Sátrapas del dios *Xiuhtecuhtli*, y aquí sacaban fuego nuevo cada año en la fiesta *Uauhquiltamalqualiztli*.» En la edición de Kingsborough se agrega: «y de aquí sacaban el fuego nuevo quando quiera que el Señor había de incensar á los Dioses.» (2)

Era tan grande el culto de este dios, que le ardía fuego perpetuo; y se ponían hogueras para que no se apagara en toda la noche, no solamente en su santuario, sino en todos los templos, en los palacios de los grandes, en las casas particulares, y en el *Telpuchcalli* y el *Calmecac*. (3)

Para que siempre hubiera fuego, tenían un sacerdote especial llamado *Ixcoszauhqilzommolcoteuhua*, encargado de hacer traer la leña que se había de gastar en el *Tzonmolcocalmecac*, adonde la llevaban los mancebos que en él se educaban. (4)

Aquí encontramos el nombre *Ixcoszauhqui*, uno de los del dios fuego, unido á *Tzonmolco*: lo cual nos da la significación del que alza la cabeza con rostro bermejo.

El fuego perpetuo, su cuidado especial en este *Calmecac*, el hecho de que el rey hubiese de tomarlo de aquí para hacer sus sahumerios á los dioses, y el que se hiciera fuego nuevo cada año, bien indican la supremacía de esta deidad. Para el pueblo se hacía fuego nuevo cada *xihmolpilli* de 52 años; pero para este dios, y para honrar á los otros dioses, se hacía cada año en la fiesta del pan de bledos, dedicada á *Xiuhtecuhtli*. (5) Después de sacado el fuego nuevo, el rey mismo incensaba al dios, haciendo oficio de sacerdote; y acabado el acto de la turificación, había un gran baile, en el cual sacaban en hombros la estatua del dios; y en él, en honor de éste, bailaba el rey, guiando la danza. (6) El rey de los mexicas honraba así al rey de los dioses. Y para expresar esta supremacía señorial, á su imagen le ponían todas las vestiduras, atavíos y plumajes del principal señor: en tiempo de Moteczuma hacíanla á semejanza de éste, y en tiempo de los otros señores pasados hacíanle la semejanza de cada uno de ellos. (7)

(1) Historia, tomo I, página 207.

(2) Tomo VII, página 94.

(3) Sahagún, tomo II, página 316. Muñoz camargo en su Historia de Tlaxcala, página 143, dice: «Los modos de sus templos atrás lo dejamos referido, que son á manera de pirámides, excepto que se subía por gradas hasta la cumbre, y en lo más alto había una ó dos capillas pequeñas, y delante de ellas dos grandes columnas de piedra, en donde perpetuamente estaban con lumbre y grandes perfumes de noche y de día, que jamás cesaba desde los templos pequeños hasta los mayores.»

(4) Id., tomo I, página 222.

(5) Serna (Manual de Ministros, página 262) nos ha conservado un hecho curioso. Dice que en Teotihuacán estaban encargados de los templos de las dos pirámides, unos sacerdotes melencos llamados *Papahuaque Temacaque*, y que estos vendían el fuego nuevo que sacaban.

(6) Torquemada, tomo II, página 153.

(7) Sahagún, tomo I, página 16.

Torquemada nos habla de otro templo dedicado á *Xiuhtecuhtli*, el cual dice que estaba en el barrio llamado *Tzunmulco*. (1) De pronto creyérase que Torquemada se había confundido, y éste era el mismo *teocalli* de *Tzonmolco* del Templo Mayor. El no haber noticia de barrio de tal nombre, lo haría sospechar; y lo confirmaría el no encontrarlo en la Crónica de Betancourt, (2) ni entre los barrios de México, ni entre las ermitas de Tlatelolco. Por fortuna se encuentra en la nómina jeroglífica de los *calpulli* de la antigua México, la cual forma parte de mi colección. Ocupa el quinto lugar: su jeroglífico se compone de un mechón de pelo, *Tzontli*, el cual sale de un *molcaxitl* ó molcajete; y la interpretación escrita de esta figura dice: *TzōMolco*.

Esto nos comprueba la gran importancia del culto público del dios del fuego: no solamente tenía templo en el gran *Teocalli*; tenía otro especial en uno de los cuarteles ó barrios de la ciudad; y éste, por esa misma importancia, llevaba su nombre.

Este templo fué notable en la historia de la Conquista: su techo era de paja, y una noche fué incendiado por un rayo; accidente que apareció como el tercer signo de destrucción antes de la venida de los españoles.

Pero volvamos á los edificios del Templo Mayor. Bajo el número 62 pone Sahagún (3) el llamado *Temalacall*, y dice de él: «era una piedra como muela de molino grande, y estaba ahugerada en el medio: sobre esta piedra ponían los esclavos y acuchillábanse con ellos: estaban atados por el medio del cuerpo de tal manera, que podían llegar á la circunferencia de la piedra, y dábanlos armas con que peleasen. Era este un espectáculo muy frecuente, y donde concurría gente de todas las comarcas á verle. Un Sátrapa vestido de un pellejo de oso ó *cuettlachtli* era el padrino de los cautivos que allí mataban, que los llevaba á la piedra y los ataba en la misma, les daba las armas y los lloraba entretanto que peleaban, y cuando caía lo entregaba al que le había de sacar el corazón, que era otro Sátrapa vestido con otro pellejo que se llamaba *tooallaotan*: . . . »

Como se ve, era el lugar destinado al sacrificio gladiatorio, cuando se hacía en honor de *Xiuhtecuhtli*.

El mismo Sahagún, bajo el número 63, (4) cita otro edificio llamado *Nappatecutliyteupan*, así dedicado al dios *Nappatecutli*, y en el cual, cada año en la fiesta *Tepeilhuitl*, sacrificaban á un cautivo vestido con los ornamentos de esta deidad.

Ya hemos referido cómo los mercaderes llamaban al fuego *Teunappa* ó cuatro veces dios. *Nappatecutli* significa cuatro veces señor; es, pues, sinonimia de aquel nombre, y ambos de *Nauhtecuhtli*; y á su vez los tres de *Xiuhtecuhtli*.

Como se ve, dentro del recinto del gran *Teocalli* había uno menor especial, y dedicado al dios del fuego, el cual comprendía los cuatro edificios citados por Sahagún bajo los números 61, 62, 63 y 64. Esta circunstancia nos da á conocer que estaban juntos. No tenemos datos para fijar su ubicación; pero algo nos hace sospechar que ocupaban el cuadrado oriental á la gran pirámide de *Huitzilopochtli*, limitado al sur por parte de la actual calle de Santa Teresa la Antigua, al norte por parte de la actual calle de Montealegre, al oriente por la cerca del recinto del Templo Mayor, en la prolongación al norte de la actual calle Cerrada de Santa Teresa, y al poniente por el gran *Calmecac*. Debió estar al fondo, es decir, al norte, el monasterio *Tzonmolcocalmecac*, inmediato al *Calmecac* de la gran pirámide; delante de él, al sur, las dos

(1) Monarquía Indiana, tomo I, página 234.

(2) Páginas 131 y siguientes.

(3) Historia, tomo I, página 207.

(4) Ibid., página 208.

pirámides de *Nappatecuhtli* y *Tzommolco*; y frente á éstas la placeta en donde hacían los areytos, y en la cual estaba el *Temalacatl* para el sacrificio gladiatorio cuando se hacía en honor de *Xiuhtecuhlli*, y probablemente el *Cuauhxicalco* destinado á la fiesta de *Xocoll*.

Terminemos mencionando el templo dedicado á *Xiuhtecuhlli* en la cima del cerro de la Estrella, en Iztapalapan, en el cual se encendía el fuego nuevo cada *Xiuhmolpilli* de 52 años. (1)

(1) El Sr. D. Fernando Ramírez trajo del cerro de Iztapalapan uno de los braseros de barro en que se encendía el fuego nuevo: después fué de mi colección, y ahora está en el Museo. El Sr. Troncoso lo cita en el Catálogo de la Exposición de Madrid, tomo II, página 414. Dice que lo publicó en mi Historia antigua de México, aunque sin aludir al numen en él modelado; y opina que ésta es la divinidad de los muertos. Más bien creemos que es su sinónimo *Xiuhtecuhlli*, como lo prueban las ondas de su tocado, sus varias manos, símbolo del poder creador, y el *tlachiloni* ó disco agujereado que tiene sobre el pecho.